

¿Siendo nuestro país una zona militarmente estratégica qué suerte le va a corresponder después de la guerra?

¿Cómo poder acabar con la miseria y la especulación en Costa Rica?

¿Qué organización va a tener nuestro país en la post-guerra?

¿Cual puede ser el desenlace de esta CAMPAÑA?



El c. Manuel Mora ventila las anteriores cuestiones en el presente discurso y que radiodifundido desde "La Voz de la Victoria"

Señores:

Es muy grave la situación de nuestro país. Son muchos los peligros que nos amenazan. Al tender la mirada en todas direcciones sólo se ven sombras. ¿Hacia dónde va esta pobre patria nuestra? ¿Cómo va a salir de este caos que la rodea? ¿Cuál es el camino que podrá conducirla hacia adelante, hacia las grandes metas de la civilización, cuando nos damos cuenta de que vamos al garete, sin rumbo, y sometidos casi exclusivamente a los caprichos del empirismo y de la ambición?

¿Y qué está ocurriendo más allá de las fronteras? Hay ríos de sangre que riegan los continentes; relámpagos de tempestad que cruzan el cielo del mundo en todas direcciones; las grandes ciudades se derrumban; los viejos regímenes sociales en estado de desintegración. La guerra, en una palabra, pero no una guerra cualquiera, sino la guerra más grande, más profunda y más trascendental de todos los tiempos. El mundo transformándose ante nuestros ojos. Una civilización entera, hundándose para dar campo a una civilización nueva. Fijemos ahora la atención en nuestro país. Vemos un pueblo de menos de un millón de habitantes que pareciera vivir al margen del mundo y de sus acontecimientos, que no comprende que le ha tocado ser actor en una de las etapas más interesantes de la Historia y que querría limitarse a ser tan sólo espectador. Vivimos en el limbo, sin darnos cuenta de que vamos hacia los infiernos. Resumámos: mientras las grandes masas humanas de la tierra se disputan el derecho de organizar en tal o cual forma el mundo del futuro que será también nuestro mundo, los costarricenses estamos empeñados, como si nada ocurriera a nuestro alrededor, en discutir la persona de don León Cortés y la de don Teodoro Picado. ¿Qué el mundo puede ser nazi o socialista? ¿Que la guerra puede ser largo o corta? ¿Qué están pereciendo en los campos de batalla y en las frías ciudades de la retaguardia muchos o pocos millones de hombres? Eso poco importa. Lo único que pareciera importarnos es el número de adhesiones que se apuntan a don Teodoro o a don León, y los chismes electorales que se hacen en las esquinas de la avenida central y en las oficinas públicas. Y no falta quien crea, que la humanidad entera está pendiente de nuestros trascendentales problemas electorales. Hay jóvenes doctores de la Sorbona que gustan de ponerse trascendentales para decirle al pueblo, en frases muy bien pulidas, que precisa salvar la democracia mediante la discusión cívica. Y resulta que para

estos doctos caballeros, la discusión cívica es el ridículo y estúpido pleito de comadres que nosotros llamamos "política". Cuando el Partido Comunista ha dicho: unifiquémonos, formemos un solo bloque, enfrentémonos unidos a la miseria, capacitémonos para jugar algún papel en la transformación del mundo, los nuevos doctores de la ley se yerguen, arrugan el ceño, ahuecan la voz y gritan: "la democracia está en peligro, eso es puro totalitarismo". Luego, se hunden en sus bibliotecas repletas de libros clásicos, y la vida nacional sigue su marcha hacia el abismo, hacia la miseria, hacia la esclavitud, hacia la indignidad. Cuando uno ve todas esas cosas, no puede menos que recordar a Gulliver en el país de Lilliput. Allí están los enanillos de dos centímetros de estatura empeñados en dilucidar por cuál extremo es que debe quebrarse un huevo. La disputa se enciende tanto que dos pueblos de enanillos toman las armas y van a la guerra. Gulliver—que es un gigante para ellos—observa. Con sólo mover un pie puede aplastar todos aquellos ejércitos de hombres diminutos. Pero los hombrecillos piensan de otra manera; no ven el pie de Gulliver; posiblemente entre ellos se mueva algún doctor en democracia que les grite en tono patético: defendad la democracia, discutid y pelead, recordad cómo es que debe quebrarse el huevo. Así estamos nosotros en Costa Rica en estos momentos: discutimos una sucesión presidencial; nos insultamos; gritamos y pateamos; nos colocamos al borde de la "revolución"; lo supeditamos todo a la disputa, y no vemos a Gulliver que está parado a nuestro lado, y que con sólo mover un pie puede convertirnos en tortilla. Por allá se levanta un patriota y dice: aunque haya que derramar sangre, el Presidente debe ser don fulano. Por allá se levanta otro y agrega: acabad con los sindicatos, acabad con las huelgas, apretadle el cuello a esos gritones comunistas, aquí mandamos nosotros. Pero, quien quiera escuchar con la conciencia, tiene que percibir una voz que se levanta del fondo mismo de la Historia y que dice muy claramente: si os empeñáis en pelear por bagatelac, Gulliver puede aplastaros; si queréis que sea don fulano el que gobierne vuestro país y por esa razón dividís vuestra fuerza, podréis resultar destripados por el gigante Gulliver; no os asustéis tanto, pequeños burguesitos de Costa Rica por unos derechos infelices que un Presidente bueno ha querido otorgar a ese pueblo; el mundo se está transformando a pesar vuestro y muy pronto tendréis que otorgar por la fuerza lo que vuestro feroz egoísmo os aconseja que no otorguéis generosamente. Es mejor que os pongáis de acuerdo, que os hagáis concesiones mutuas, que sacrificéis vuestras vanidades y vuestros odios en aras del interés común y que recordéis, que antes que cortesistas, picadistas y comunistas, que antes que ricos y pobres, sois ciudadanos de un país pequeño que tiene derecho a que vosotros le ayudéis a garantizar el bienestar y la soberanía.

Pero pongamos a un lado las metáforas y tratemos de penetrar en nuestra realidad política. Nos encontramos con dos partidos empeñados en pelear: cortesistas y picadistas. Y un Partido empeñado en que no se pelee y en que haya unidad popular: el Partido Comunista. Dos partidos que creen, que lo más importante en estos momentos es precisar quién va a ser el próximo Presidente de la República; y un Partido que cree que lo más importante es que el pueblo consolide sus derechos sociales: tenga arroz y frijoles baratos y abundantes, y conserve en la post-guerra, el derecho de regir sus destinos conforme a su propia voluntad, verdadera democracia sobre el planeta?

LOS PROBLEMAS MAS SERIOS QUE CONFRONTA COSTA RICA

Para que se pueda entender mejor la tesis del Partido Comunista, conviene que enumeremos los problemas más serios que confronta nuestro país y que discutamos las posibilidades que existen de resolverlos.

PRIMER PROBLEMA: Siendo nuestro país una zona militarmente estratégica, ¿convendrá a los Estados Unidos mantenerla ocupada después de la guerra?

SEGUNDO PROBLEMA: ¿Puede o no puede nuestro país colaborar en la campaña mundial para aplastar el nazi-fascismo y hacer triunfar una verdadera democracia sobre el planeta?

TERCER PROBLEMA: ¿Cómo podemos acabar con la miseria y la especulación dentro del país?

CUARTO PROBLEMA: ¿Qué organización va a tener nuestro país en la post-guerra?

QUINTO PROBLEMA: Tal como está planteada la lucha, ¿es posible esperar un desenlace pacífico de la misma?

La primera cuestión—es decir, la que se relaciona con la importancia militar de nuestro país—debe ser abordada de frente y con toda claridad. En efecto, nuestra situación en el Caribe y con respecto al Canal de Panamá, hace que Costa Rica resulte un punto vital para los Estados Unidos. Los Estados Unidos tienen entonces que pensar muy seriamente en la necesidad de que el suelo costarricense esté siempre muy bien defendido. La defensa del suelo costarricense—como se comprende—no afecta sólo a Costa Rica; afecta a todo el continente, y, particularmente a los Estados Unidos. Es indispensable que lo entendamos así, si queremos evitarnos sorpresas desagradables. Preguntémosnos ahora: ¿Está el pueblo costarricense capacitado para defender su propio suelo? Evidentemente no lo está. No tenemos ejército. No tenemos armas. Somos un país miserable a pesar de que nuestro suelo guarda riquezas fabulosas. Nos interesa más hacer politiquilla que crear una agricultura y una industria prósperas. Ahora bien: si el pueblo de Costa Rica no está capacitado para defender su propio suelo, ¿cómo suponer que los Estados Unidos se vayan a cruzar de brazos y a dejarlo indefenso? Claro que no. En este momento es el Ejército yanqui el que vigila nuestras costas y se mantiene en guardia listo para pelear en caso de una agresión o en el caso de un levantamiento de la Quinta Columna que la tenemos bien enquistada. Los soldados yanquis están preparados para defenderle a los costarricenses su tierra en tanto que los costarricenses discuten a don León y a don Teodoro. Pero una vez que termine la guerra, ¿qué pasará? Siendo los Estados Unidos una potencia militar, vamos a suponerlos tan ingenuos como para que nos desocupaen y dejen el corazón del Caribe, que es el corazón de su imperio, en manos de un pueblo que únicamente sabe lanzar vivas y mueras a los candidatos políticos? Las carreteras y obras militares que están siendo construidas serán defendidas quieralo o no lo quiera el pueblo de Costa Rica. Esto significa que si los costarricenses no encontramos la forma de resolver este problema, lo posible es que después de firmada la paz, nuestro suelo continúe custodiado por el ejército de los Estados Unidos. Y no tendremos derecho a decir que hemos sido conquistados

arbitrariamente. Tendremos que reconocer que los Estados Unidos estarán ejerciendo derechos inherentes a su propia defensa; que la defensa de los Estados Unidos no podrá nunca gravitar sobre la irresponsabilidad de nuestros políticos; y que los responsables de la ocupación seremos nosotros mismos por imprevisores y por apáticos. En los Estados Unidos hay fuerzas progresistas y fuerzas retrógradas; hay fuerzas democráticas y fuerzas imperialistas en lucha. El Presidente Roosevelt es en estos momentos el abanderado de la democracia yanqui. Pero hay otros políticos que son abanderados de la reacción y que por un azar de la política podrían ocupar el lugar de Roosevelt. ¿Cuál sería entonces la suerte de nuestro país? No quiero con esto decir que debemos vacilar en la posición que actualmente estamos manteniendo. Somos aliados de los Estados Unidos y debemos continuar siéndolo con lealtad y dignidad. Debemos jugarlos la misma suerte que se está jugando la gran potencia del Norte. Debemos tener fe en el gran pueblo yanqui, que es la mejor garantía que pueda tener la democracia continental y la democracia mundial. Pero no por eso debemos dejar de tomar en cuenta todas las posibilidades políticas del futuro. En el futuro es que debemos poner nuestra mirada. Volvamos al problema planteado y pensemos en su solución. Tiene o no tiene solución? Si la tiene. Pero debemos buscarla dentro de nosotros mismos. Debemos elaborarla a fuerza de sacrificio y de patriotismo. Esa solución consiste en prepararnos militarmente; en crear un ejército nacional; en armarlos. ¿Para qué? Para defender nuestro propio suelo. Para ser guardianes dignos de la herencia que nos dejaron nuestros abuelos. Esto de militarizar nuestro pueblo y crear un ejército es posible que asuste a muchos ciudadanos excesivamente idealistas. En otras circunstancias a mí también me asustaría. Pero la verdad es que la dura realidad nos impone esa salida y que ante ella no debemos vacilar. El país tiene que estar por encima de todas las idealidades amables.

UN EJERCITO COSTARRICENSE PARA LA DEFENSA DE COSTA RICA.

Si en este momento nuestro pueblo estuviera unificado habría podido prepararse militarmente y habría podido decir a los Estados Unidos: Tenemos ejército para defender este país que es nuestra patria. Nosotros respondemos de ella. No distraigan ustedes fuerzas aquí. Los Estados Unidos en ese caso, habrían dejando la defensa de nuestro suelo en nuestras propias manos; no habrían tenido que situar aquí fuerzas que están necesitadas en otros lugares; se habrían limitado a darnos la contribución económica que les habríamos exigido para mantener un ejército que a ellos también interesa; y en esa forma, habríamos ayudado a la defensa del continente y a la defensa del mundo. ¿Qué cosa más fácil y más hermosa que intervenir en la defensa del mundo defendiendo nuestro propio suelo? Pero ni siquiera esa contribución hemos podido dar. Los Estados Unidos han tenido que darnos ejército. Encima de eso, han tenido que darnos alimentos porque ni siquiera producimos arroz y frijoles en cantidad suficiente para el consumo; y hasta dinero tienen que darnos para cubrir las deficiencias fiscales. ¿No es ésta una vergüenza? No es el colmo de la irresponsabilidad que ante tal situación estemos gastando el tiempo en una politiquilla que ninguna trascendencia puede tener frente a los grandes acontecimientos que se están desarrollando en el mundo y que indiscutiblemente tendrán que afectarnos muy hondo? No faltará quien diga: de eso tiene la culpa el

(Pasa a la pág. 4*)

La memoria de Napoleón y de Kutusov...

(Viene de la pág. 1*)

traofensiva de invierno soviético sirvió para reducir considerablemente el poder ofensivo alemán, impidiéndole atacar en un frente de tres mil millas, como en el verano de 1941. Pero la segunda ofensiva de verano nazi no se caracterizó solamente por el hecho de haber reducido el frente de ataque, sino también por la menor profundidad del avance en relación con 1941. Veamos ahora las características de la actual contraofensiva soviética. En primer lugar hay que destacar que se realiza en un frente mucho más amplio que en 1942. Se ha obtenido grandes éxitos militares desde Leningrado al Cáucaso. En

segundo lugar hay que señalar que el avance soviético no se limita a hacer recular las puntas de lanza de los ejércitos nazis. Ahora se trata de operaciones de cerco y aniquilamiento del ejército nazi. Frente a Stalingrado desapareció un ejército que no volverá a reaparecer jamás. En Leningrado fué destruido el sitio. En el Cáucaso, el ejército nazi ha retrocedido más de cuatrocientas millas, habiendo abandonado hasta la hora, después de perder decenas de miles de hombres, casi todo el territorio conquistado en el verano. Pero hay más todavía. Debe observarse que hay un ejército alemán cercano en el sector suroeste del Cáucaso, que muy difícilmente podrá retirarse por el estre-

cho de Kerch. En dirección de Kharkov las tropas soviéticas han avanzado en sólo la mitad de lo que va de invierno con una profundidad igual a la del avance alemán del verano y si la capital ucraniana cae, como parece muy probable, la retirada alemana tenderá que llegar, casi de inmediato, hasta la línea del Dnieper, es decir, hasta una línea en donde las tropas alemanas estaban un mes y medio después de comenzada la guerra con la URSS. La caída de Ros tov, que parece inminente, no señalará solamente la reconquista total del territorio perdido en el frente sur. Señalará, además, la destrucción de un ejército que debe proteger Ucrania del avance soviético. En todo caso, aun sin que el

Ejército Rojo reconquiste la parte oriental de la Ucrania, resulta evidente que los nazis han tenido tales pérdidas, en hombres y material de guerra, que en la primavera no podrá reasumir la ofensiva en solo sector. En la primavera del año pasado el comando alemán necesitó de los tres meses para acumular hombres y pertrechos para atacar luego en un frente de cuatrocientas millas. La próxima primavera encontrará al Ejército Rojo en plena ofensiva y en operaciones de aniquilamiento de lo que queda del famoso ejército nazi. Yéndole muy bien, Alemania podrá apenas movilizar en la primavera las fuerzas y los pertrechos necesarios para cubrir los claros de su maltrecho frente. Pero lo más probable es que ni eso podrá conseguir. Si Hitler está aun en el poder, en junio

Con las manos amarradas...

(Viene de la pág. 1*)

del presente año, sus tropas estarán huyendo para ese entonces en las llanuras occidentales de Ucrania. La cuestión de dilucidar ahora consiste en saber si el ejército nazi puede salir, siquiera parcialmente, con vida de Rusia. La memoria de Napoleón y de Kutusov está a la orden del día.

—(Viene de la pág. 1*)
 sos en robo descarado. Hay especuladores grandes y pequeños y hay muchas formas de especular.
 La Junta de Abastos tendrá la misión de regular precios y de limitar ganancias. Podrán los señores Pinto y Segovia realizar esa tarea? ¿Serán capaces de sacrificar sus negocios, de romper con sus amigos, de renunciar a conexiones comerciales para cumplir con un cargo pobremente remunerado y sujeto a los vaivenes de la política? Creemos que exigirles eso, es desconocer la naturaleza humana. Francamente, el pueblo no se siente garantizado con esa Junta. Las organizaciones obreras, particularmente, desconfían de un organismo en que no hay un representante suyo. Nosotros, por nuestra parte, esperaremos a que la Junta comience, con un capital de trescientos mil colones, jefada por risima de que no se ha hecho otra cosa que crear una nueva Junta que no podrá actuar porque ha nacido con las manos amarradas.